

que el estilo del decir se asemeje al sentir, y las palabras y las cosas sean conformes. Más pobremente que Fr. Luis expresa esta verdad Shelley en su *Defensa de la Poesía*: la poesía salva de la muerte las visitas que otorga la divinidad a los hombres.

El poeta habla y en su palabra se entreaña el aliento de Dios. Su aliento en la palabra es poesía. Es de tal condición el lenguaje del poeta, que no hay exageración al decir que aliento y lenguaje son sinónimos. El poeta recibe el aliento de Dios y lo habla. Y cabalmente cuando lo expira es poeta y triunfa la poesía. Si el hombre siente y vive el aliento de Dios y no lo habla, no es poeta, aunque sea un místico. Son regiones distintas, como lo son la vida del hombre y su excelcitud como poeta. Y si la santidad no excluye errores de juicio, la poesía no ahuyenta horas de irreflexión. Homero, poeta, en su vagar, borracho; Virgilio, poeta, en su conversar, adulador; Horacio, poeta, en su guerrear, cobarde; Dante, poeta, en su vivir, conspirador.

El poeta se acaba en su expresión, en la arquitectura de su lenguaje alentado. Por eso el poeta no es un compositor de poesías. La poesía es el aliento de Dios hecho lenguaje al contacto con las cosas a las que quiere trocar también, por arte de magia, en su propio lenguaje. Quiere que todo sea voz. El poeta es, por definición, un enajenado para el vulgo. Y en verdad, el poeta cede su aliento al comunicársele el celestial y divino. Platón lo ha escrito con divinas palabras:

— «No es por arte, sino por entusiasmo e inspiración, como los buenos poetas épicos componen todos sus bellos poemas. Los buenos poetas líricos, lo mismo. Parecidos a esos Coribantes que solamente danzan cuando están fuera de sí, no están serenos cuando componen bellas odas; pero tan pronto han subido hasta el tono de la armonía y la medida, entran en furor y son presa de parecidos transportes a los de las Ba-

